Dos prosas inéditas de Pedro Salinas

Juan José Lanz Rivera

La publicación de dos textos inéditos de Pedro Salinas a sesenta años de su muerte, es todo un acontecimiento literario que merece especial atención, no sólo de la crítica especializada en el mundo del poeta y narrador del 27, sino del mundo de la cultura en general. Máxime si se tiene en cuenta que en 2007 vieron la luz, en una excelente y cuidada edición a cargo de Enric Bou, Andrés Soria Olmedo y Montserrat Escartín, sus *Obras completas*, en las que no se incluyeron no sólo estas dos prosas que hoy se presentan, sino tampoco la novela inacabada *El valor de la vida*, cuya edición genética preparó Natalia Vara en su tesis doctoral en 2008, y que aparecería publicada por el profesor José Paulino Ayuso al año siguiente (Renacimiento. Sevilla, 2009), además de algunas conferencias, como *Defensa del estudiante y de la universidad*, que recientemente ha visto también la luz de la mano de Natalia Vara, en la editorial Renacimiento (2011). Y es que el archivo de la Biblioteca Houghton, en la Universidad de Harvard, donde el escritor madrileño pidió que se depositaran sus manuscritos a su muerte, aún podrá darnos seguramente alguna nueva sorpresa.

La publicación de *A la sombra del paraguas en flor. (Desvarío en clave de ira)* y *Los cuatro grandes mayúsculos y la doncella Tibérica. (Cuento infantil con una víctima al fondo)*, las dos prosas inéditas que excelentemente edita e introduce Natalia Vara Ferrero en este cuidado volumen de la colección *Devenir El Otro*, a cargo de Juan Pastor, nos muestra una de las múltiples facetas de un Pedro Salinas que exige cada día más salir del tópico en que

---

Pedro Salinas: *Entre la ironía y la sátira* (Introducción y edición de Natalia Vara Ferrero). Devenir. Madrid, 2011.

una crítica acartonada y ramplona lo ha encerrado durante muchos años. Porque más allá del poeta amoroso que consagraron *La voz a ti debida* (aquel libro que con sarcasmo anotaba Juan Ramón Jiménez *La voz a mí debida*) y *Razón de amor,* o del narrador lírico, modelo de los *nova novoroum*, que se muestra en los relatos de *Víspera del gozo*, o del espléndido estudioso de la literatura que se anuncia en los años anteriores a la guerra civil y que culmina posteriormente con sus espléndidos libros sobre Jorge Manrique y Rubén Darío; más allá de todo eso, Pedro Salinas es también, aparte de un notable autor teatral y de un lúcido ensayista, un excelente narrador que extiende sus propuestas estéticas más allá del relato lírico al que más o menos pueden adscribirse los textos reunidos en 1926 en *Víspera del gozo*. Porque más allá del acartonado tópico que consagran las historias literarias, está el Pedro Salinas de *El defensor* y de *La responsabilidad del escritor*, que tanto interesó para entretejer el discurso teórico de la generación poética del medio siglo y que tanto interesaba a José María Castellet, Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma. Más allá del acartonado tópico del poeta del amor, está el sorprendente autor de *El contemplado* y *Todo más claro*. Más allá del tópico está también el narrador de *El desnudo impecable y otras narraciones* y sobre todo el de *La bomba increíble*, esa extraordinaria y extraña novela en el panorama literario español, a mitad de camino entre el relato profético, la crítica al desarrollo científico desgajado del humanismo y la novela de ciencia ficción. En fin, Pedro Salinas escapa a todo intento de encasillamiento por muy variables que sean sus límites; es, como ha señalado un destacado salinista, el «siempre sorprendente Salinas».

Las dos prosas inéditas que se publican ahora plantean justamente la necesaria reevaluación del escritor desde nuevos parámetros; nos muestran no una faceta secundaria del escritor, sino un ángulo que nos impele a leer su obra en conjunto desde otra perspectiva, que rompa con el tópico establecido, quizás para fundar uno nuevo. *A la sombra del paraguas en flor* y *Los cuatro grandes mayúsculos y la doncella Tibérica* nos muestran, como ha señalado Natalia Vara, al Salinas «condicionado por las circunstancias», y la más tremenda de ellas, la guerra civil y el exilio; el doble exilio («dos veces desterrados») de quien se ve obligado no sólo a

vivir en otra patria, sino también en otra lengua; nos muestran «al escritor marcado por el peso del exilio, al exiliado comprometido con España y con la situación europea», que sólo puede encontrar expresión en una escritura en la que se muestra como «un maestro en el manejo de la ironía más certera y un cultivador magnífico de pequeñas joyas satíricas». Los escritos de Pedro Salinas en el exilio «denotan –concluye Natalia Vara– voluntaria y conscientemente un posicionamiento ético y moral que en su obra anterior había sido invisible, aunque ya se hallaba presente». Porque, efectivamente, ese posicionamiento ético y moral que se revela en su escritura del exilio, y que se muestra no sólo en sus ensayos de *La responsabilidad del escritor* o de *El defensor*, sino también en su obra creativa, subyacía ya en sus planteamientos anteriores, tal como recuerda la investigadora al recuperar las declaraciones del escritor en el *Almanaque literario* de 1935: «no sé si la literatura y el arte deben mantenerse al margen de las inquietudes sociales. Lo que creo es que no pueden».

Como digo, estas prosas son un signo más de la necesidad de cambiar la perspectiva dominante sobre el conjunto de la obra de Pedro Salinas, que sólo puede verse como el desarrollo de una voluntad de conocimiento desde una perspectiva humanística; una confianza absoluta en el conocimiento humano como modo de desvelar no sólo los misterios de la existencia y el mundo, sino también como modo de desterrar la estupidez. Y de ahí justamente la contrafaz irónica y satírica, y en consecuencia también netamente intertextual (la alusión proustiana, en el primer texto, y la evocación del modelo caballeresco, en el segundo, resultan evidentes) que adquieren ambas prosas. Porque ante la disolución del metarrelato del humanismo occidental, sólo cabe un discurso paródico, que se formula en la contrafaz del relato que sustentaba el otro discurso. Y en eso Salinas avanza algunos de los rasgos de ese espacio cultural que comienza a formularse en la resaca posbélica y que se conformará en las décadas siguientes, al que por el momento damos el nombre de posmodernidad. Porque posmoderna también es la crítica del lenguaje humanista que Salinas realiza en *Los cuatro grandes mayúsculos...* mostrando, como señalaría años más tarde George Steiner, que el lenguaje no fue inocente en la barbarie nazi, ni en las componendas de las democra-

cias occidentales con el fascismo; algo ratificado posteriormente, entre otros, por Victor Klemperer.

A la sombra del paraguas en flor y *Los cuatro grandes mayúsculos...* se insertan también en una tradición satírica, dentro de los escritores exiliados españoles, de la que quizás el resultado más conocido sea el relato de Max Aub, «La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco», o dentro de la pintura los grabados de Pablo Picasso «Sueño y mentira de Franco». Pero también, como señala Natalia Vara, *A la sombra del paraguas en flor* puede encontrar un correlato distante, inspirado como el relato-ensayo en la Conferencia de Munich de 1938: el cuadro de Dalí «El enigma de Hitler», que el pintor ampurdanés realizó en 1939.

Ambos relatos acotan un espacio histórico y unas circunstancias políticas diferentes. *A la sombra del paraguas en flor* es un relato, con tintes ensayísticos (o, si se prefiere, un ensayo con tintes narrativos), que nace como consecuencia de la Conferencia de Múnich, que reúne en la ciudad alemana el 30 de septiembre de 1938 a Benito Mussolini, Adolf Hitler y a los primeros ministros de Francia (Édouard Daladier) y Gran Bretaña (Arthur Neville Chamberlain), con el objeto de solucionar la crisis de los Sudetes, que había llevado a la anexión de esta región checoslovaca a Alemania. El acuerdo se incluía dentro de la política de *appeasement* (apaciguamiento) que proponía Chamberlain como modelo de política internacional para salvaguardar la paz mundial. No es extraño, que previendo la ineficacia de dicha política exterior frente a la política expansionista de Hitler, Salinas arremetiera contra el primer ministro británico y su sempiterno paraguas, que acabaría convirtiéndose en el texto en una metáfora de su incapacidad de ver la realidad política internacional: «para él –concluye Salinas– no habría otro cielo posible que el revés de su paraguas». Pero la crítica saliniana se extiende más allá de los acuerdos de Munich a las consecuencias que esa política de no-intervención, que deja vía libre a «la concepción totalitaria hitlermussolinesca del mundo y sus subproductos, o sean la ruina de la dignidad humana y la renuncia a la calidad de bípedo pensante», es decir la desaparición de la condición del humanismo ilustrado, trae para países como España, que lucha porque «quiere ser libre». La política de no-intervención trata de salvaguardar la seguridad de Francia y sobre

todo de Gran Bretaña, «ese próspero país respetado por los azotes de la cólera divina», frente a Alemania e Italia, a cambio del abandono a su suerte de países como España, Austria y Checoslovaquia, entre otros. En este sentido, la crítica se centra explícitamente en la figura de Chamberlain, factor fundamental de la neutralidad del Reino Unido en la guerra civil española, gracias sin duda a las gestiones también del Duque de Alba, e impulsor del temprano reconocimiento británico del gobierno del general Franco el 26 de febrero de 1939. La «moraleja» que se deriva del relato, tal como lo ve Salinas, es clara: «no se puede librar España sino por la ayuda de las Naciones Unidas». El fracaso de la política no-intervencionista del *appeasement* se mostraría menos de un año después con la invasión de Polonia en septiembre de 1939, que llevaría a la declaración de guerra. Si el texto permaneció inédito es, sin duda, como demuestra en su estudio Natalia Vara, por los temores que despertaba en Salinas su publicación, siendo profesor de una institución tan conservadora como el Wellesley College: «Como conozco bien lo *narrow minded* y conservador y aburguesado de este ambiente del *College*, que tiene por dioses mayores la discreción, la mesura, y la tontería benévola, pensé enseguida –escribe en una carta Salinas– qué efecto podría tener el que yo publicase, aunque fuera en México y en español, una cosa tan violenta contra ese hombre [Chamberlain] que para muchas viejas de aquí es un modelo de humanidad». Ante el temor del rechazo de la comunidad académica próxima y la posibilidad de comprometer su situación personal y familiar en Estados Unidos, Salinas prefirió guardar en un cajón su «desahogo», su «poesía encendida de ira», como diría en otra misiva.

En *Los cuatro grandes mayúsculos y la doncella Tibérica* predomina el sentido narrativo, subrayado desde el subtítulo (*Cuento infantil con una víctima al fondo*), sobre el ensayístico, aunque el eje argumental e ideológico es semejante al que se articula en *A la sombra del paraguas en flor*, con parejo tono irónico, que permite entrever la dimensión real del discurso en la contrafaz de su enunciación: «¿Qué hubiera sido del planeta Tellus –se pregunta allí uno de los personajes, trasunto del primer ministro inglés–, si al surgir allí hace no muchos años los movimientos pliteristas y pussolinescos en dos de sus países, alguna nación se hubiera precipita-

do a sofocarlos en su inicio, a atajar su espléndido brote, alegando peligros futuros e injusticias presentes? Probablemente una arrebatada acción intervencionista hubiera desencadenado una asoladora catástrofe, quién sabe si hasta una guerra de enormes proporciones. Mientras que con la sabia política camarlenguesca o munichita de respetar a cada cual lo que tenga a bien hacer y deshacer en su casa, se pudo alcanzar una era de paz y prosperidad sin igual para este mundo». Y concluye el mismo personaje: «Toda ingerencia sería atropello opuesto a nuestra misión de justicia».

Es justamente la crítica contra la política no intervencionista que había encabezado el primer ministro Chamberlain, la que ahora se retoma en un relato con tintes de novela de caballerías, en las que un mozo, Tiberio, reclama a los cuatro grandes mayúsculos la liberación de su hermana, Tibérica, de las manos del cruel Francacaseno. No es difícil ver en este relato, fechado en Puerto Rico en mayo de 1946, una ácida crítica hacia la postura adoptada con respecto a España y a otros estados mediterráneos, tras el final de la II Guerra Mundial, en la «Misiva del mar Mármara», trasunto de la Conferencia de Yalta, celebrada en febrero de 1945, por las cuatro potencias vencedoras (aunque allí sólo estuvieran tres), representadas en los caballeros del Abor o Aborista (que viste con un traje mitad mono de obrero mitad frac; el primer ministro inglés, probablemente Clement Richard Atlee), el del Norte (caracterizado por el mundo del acero y el avance tecnológico; el presidente de Estados Unidos, Roosevelt o Truman), el de las Nieves (que apenas interviene; el presidente de la URSS, Iosif Stalin) y el de Galiante (el presidente del gobierno provisional de la República Francesa, Charles de Gaulle). Mientras los cuatro grandes mayúsculos, paladines de la justicia y de la democracia, debaten sobre la intervención o no para liberar a la doncella Tibérica (España) de las manos del cruel Francacaseno, éste, con su voz aflautada y vestido de medallas militares y escapularios de los que no duda en desprenderse para mostrar una cara más amable a sus visitantes, la castiga en un moderno potro de tortura inquisitorial, con cintas transparentes y aspectos tecnológicos que no logran ocultar, sino a quienes no quieren verlo, la violencia impuesta. «¡Tormento!» –exclama Francacaseno en el relato–. De no acudir yo a tiempo Dios sabe cómo habría acabado, y hasta sé

si se hubiese ajuntado a algún camuñista». El relato, una sátira desgarradora, concluye, como era de esperar, con la risa ensordecedora de Francacaseno que ha conseguido engañar sólo a quienes querían ser engañados, el tormento de la doncella Tibérica, cuya liberación se anuncia muy lenta (un año, el dedo meñique de una mano; al cabo de unos años, el meñique de la otra, y así sucesivamente) y el suicidio del mozo Tiberio, que es, a los ojos del «gran comilitón del Aborista», víctima de la «impaciencia de la mocedad», pues, «al fin y al cabo no son más que siete años...», siete años que han transcurrido desde el final de la guerra civil, siete años de prisión y tortura de la doncella Tibérica. Pero los cuatro grandes mayúsculos, como Judas, acaban lavándose las manos; al fin y al cabo, como declara el caballero del Arbor, «todos conocen mi persistente y limpia actitud de no-intervención, que tanto favoreció a la desdichada».

Esa clave irónica revela, sin duda, la amargura de la protesta desesperanzada que alza el exilio español ante la no-intervención de las grandes potencias democráticas mundiales primero durante la guerra civil, y más tarde tras el fin de la contienda mundial; sirve, al mismo tiempo, para aunar el eje discursivo e ideológico de ambas prosas, aunque con tintes diferentes, como se ha visto, y nos hace claramente visible una actitud, subyacente en la escritura saliniana anterior a la contienda civil, que se hace relevante en su exilio y que nos exige la necesaria reevaluación del conjunto de su obra desde una nueva perspectiva que la aleje de los tópicos en que ha quedado encerrada durante décadas. Ésa es la labor que emprendieron hace algunos años varios salinistas destacados ©

NEW
AGE